Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

Libros escolares complementarios

=De *El Mercurio*. Santiago de Chile=

Leyendo las páginas llenas de donosura y de ceñida observación del niño que nos ha dado Georges Duhamel en *Los placeres y los juegos*, yo me acuerdo de la eficacia, tan olvidada en las mecánicas y mecanizadoras Escuelas Normales, de los libros complementarios.

Cada vez que salgo de una de estas lecturas fertilizadoras del corazón y que excitan a los actos inmediatos de bien, yo deseo hacer lo de antes: juntar al grupo de maestras que, si no lee, puede oír leer y comentar, o que lee y gusta de confrontar lecturas por goce de la vivificante frotadura de las opiniones de donde salta la buena llama. Ya no tengo ese grupo con nombres precisos y domicilio escolar conocido; pero me queda otro para el que escribo la mitad por lo menos de mis articulejos, que no pasa de diez compañeros, que anda repartido y me cuesta juntar, alguno en Colombia, alguno en el Uruguay y el doble en Chile probablemente...

Muchas veces hablaba yo al otro que ya no tengo, de los libros complementarios. De los de texto no tenía para qué hablarles: bien se los sabían y bien los manejaban.

En éstos alimenté yo toda la juventud; de ellos saqué lo que los libros de texto no me supieron dar: la pasión de la tierra, el entusiasmo—un poco místico como de rama de magia—de la química: el fervor que me ha calentado toda la juventud, de las vidas heroicas; la fiesta de la geografía en que, sin saberlo, me preparaba al errantismo.

Se siente en los maestros nuevos una acción violenta contra el libro de texto, por amojamado y antidinámico. El niño lo lee con fastidio, dicen: escrito en definiciones y fórmulas, casi es la segmentación del código: no le punza la imaginación, no le da impulso de búsqueda ni le ofrece goce.

Yo creo que la reacción va lejos. El libro de texto—botánica, zoología, geografía o pedagogía—cumple su oficio de proporcionador de síntesis, de ordenador de los conocimientos, de socorro para exámenes laboriosos y muchas veces de rellenador de los huecos de descuido que deja en su materia el maestro, aún el bueno. Unicamente que administrado solo, tiene las propiedades astringentes de la corteza de la granada... O, en lenguaje de médico naturista, no nutren, a la manera de los alimentos desagradables, porque no excitan el paladar y no han sido largamente gozados por la lengua como el alimento deleitoso.

El libro de texto, que puede resolverse en un cuadro sinóptico, sirve para clasificar y jerarquizar. Lo que él no da debe estar en la clase, y si el maestro—como el caso abunda—fuese solamente un parto seco del mismo texto seco, no hay más refugio para el pobre niño que ha caído entre Caribdis y Scilla, que los libros complementarios.

Si se hiciera a sabios y a patrones de empresa una encuesta sin obligación de respuestas firmadas, que se rehuyen por cortesía al maestro A. o B. sobre cómo despuntó su vocación y en qué clase fué alimentada y regalada, se tendrían sorpresas. El explorador fué mal alumno de geografía y encontró en Mayne Reid su excitador de hazaña. El naturalista se dormía y tenía hasta sueños con alegoría sobre el banco y un pobre Buffon de tres pesetas le puso la brasa de su pasión futura. Tal novelista nació en las fábulas de su abuela analfabeta. Los niños de hoy se desquitan en Favre, el perfecto contador de la «tierra de sepulcros» que suele caer de la boca de su maestro de escuela.

Deben hacerse, pues, y bien poco cuesta, en torno del libro de texto, unos veinte artículos de lectura fertilizante. Muchos de esos libros pertenecen a aquellos que los enjutos directores de Normal llaman «pueriles». Para curarles la petulancia habría que conversarles de las cosas pueriles de que se vive. Un paseo al buen sol de primavera, por un camino rural o una playa no urbanizada, es puerilidad pura y da, sin embargo, una mente jovial para el día entero, cura la ictericia del ojo hastiado y afloja la boca apretada del fariseo.

Yo deseo ahora hablar solamente de un grupo de libros que podría arrimarse al texto de pedagogía para bien suyo e higiene mental de los estudiantes envenenados de abstracciones.

A los dieciséis años—edad de entrada a las Normales—una niña no entiende la pedagogía escolástica: los niños son para ellas—se lo he oído a varias—una bestiecita saltona, sucia e impertinente. Las mejores, cuando han tenido hermanos pequeños, saben jugar con eso que brinca y grita sin sentido. De este modo la psicología abstracta, de sentencias o de experimentación presuntuosa que le dan, no se le funde con el niño que ella ha visto. Recibiría mejor en el primer tiempo una psicología anecdótica, especie de cinta viviente de los gestos y las actitudes del niño. Por otra parte, las Normales caen directamente en la observación chistosa y verídica de Wilde: «Se quiere amoblar el alma del escolar antes de que éste tenga alma»: es decir, se busca amoblar el vacío...

O interesa el niño como conocimiento puro, a muchachas excepcionales en que exista de modo natural la curiosidad científica, o puede interesar a casi todas como objeto de afección. Yo creo que las mujeres empezamos por querer a los chiquitos y acabamos por entenderlos, o no los entendemos nunca, pero los servimos por amor. Luego, las Normales que no han de olvidarse de que están haciendo mujeres antes que callados buzos de introspección, han de ponerse a crear la pasión del niño en las mujercitas que van a manejar criaturas durante el día entero, niños de escuela primaria, sacados, como quien dice, de las rodillas de la madre.

Yo siento una repugnancia que me crece con los años, por el técnico de las escuelas que aprendió a marcar las líneas de la fatiga en el escolar, y que no sabe ni quiere inventarle un juego ni servirle con la sencillez humillada y divina de las viejas comadres criollas.

Los libros complementarios de la estudiante de pedagogía (no se me escandalicen las profesoras puritanas), son las novelas sobre la infancia. La literatura se nos ha llenado, y en buena hora, de ellas.

Renán escribió sus minuciosos y algo secos *Recuerdos de Infancia*. Anatole France, que llevó su don Omnipresente de gracia a tanta bellaquería sucia, dejó dos libros donosos con las imágenes de sus siete años. Romain Rolland ha hecho en *El Alba* la novela de infancia que yo me releo cada tres años,

(Pasa a la página 30)

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica"